

SUPERVISIÓN Y CONTROL. NORMAS, INSTRUCCIONES Y CONSECUENCIAS

ADOLESCENTES Y NORMAS ¿SON COMPATIBLES?

La supervisión de los hijos adolescentes puede resultar un asunto espinoso en según qué situaciones o casos, pero hoy en día casi ninguno de nosotros, los adultos, duda de su necesidad. Más aún, ni siquiera nuestros hijos cuestionan la **necesidad de ser supervisados**, aunque tal vez nunca lo reconozcan. De hecho la mayoría de las quejas de nuestros menores se centra en la intensidad del control, no de su inevitable existencia.

Si todos entendemos esa necesidad ¿**por qué tantos problemas** a la hora de hacer respetar las normas? Es éste un tema que merece una reflexión serena. ¿Por qué para nuestros hijos adolescentes sus padres somos terribles «inquisidores», temibles fiscales del hogar?

En realidad se trata de una cuestión de **actitudes** y de **formas**. De hecho, la inmensa mayoría de nuestros hijos transitan por la adolescencia sin incurrir en comportamientos que les reporten daño personal y social.

Afirma Vallejo Nájera que «nueve de cada diez adolescentes pasan por esta etapa sin drogas, salvajismo, delincuencia o sexo irresponsable». Y la tarea nuestra es confiar en que con sabias pero mesuradas dosis de afecto y control, nuestros hijos «saldrán adelante» en la empresa de hacerse adultos.

PROBEMOS A

Ponernos en el lugar de nuestro hijo, preguntándonos qué podemos hacer para ayudarles. Podría ser interesante tener una conversación informal con él comparando su adolescencia con lo que recordamos de la nuestra, ponderando juntos si fue mejor o peor, comentando la diferencia de ambientes y estilos de ocio.

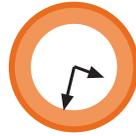
Si nos decidimos a tener este intercambio de experiencias y opiniones, debemos evitar actitudes de reproche, competición o superioridad. Por el contrario, expongamos con naturalidad nuestras impresiones y aceptemos las de nuestro hijo.

PADRES Y NORMAS: ACTITUDES Y EMOCIONES

¿Qué nos sucede a los padres que dificulta —a menudo hasta alcanzar sentimientos de rabia o impotencia— lo que podría ser una relación educativa normal? Ciertas actitudes y emociones nos paralizan; nos boicoteamos a nosotros mismos.

Citaremos a continuación algunas de ellas:

1. La más paralizante de las emociones que podemos experimentar es **EL MIEDO**. Sentimos **pánico por anticipado** sobre lo que pudiera sucederle a nuestro hijo o hija. Desde un posible atropello hasta verse envueltos en una pelea callejera; desde el consumo de drogas hasta un embarazo no deseado. Por eso queremos controlar al máximo; añoramos los días felices en los que **todos** los miembros de la familia disfrutábamos juntos de la vida.



Sin embargo, existen alternativas:

SUGERENCIA

Frente al miedo está la **confianza**. No se trata de pensar que un *ángel de la guarda* les protegerá, sino de desarrollar una actitud básica en la que transmitamos a nuestro hijo que puede contar con nosotros, por supuesto, pero sobre todo que puede confiar en sí mismo; que cuenta con las herramientas necesarias para ser feliz, intuir los riesgos y sortear los peligros.

2. Otra variante afectiva en la que podemos caer es el sentimiento de **DECEPCIÓN**. Somos, o al menos eso nos parece, «reyes destronados», rehenes de los caprichos de los menores. Vivimos complejos, como el de «padre/madre cajero automático», proveedores de dinero para satisfacer los inagotables intereses de nuestros hijos; tenemos la sensación de habernos convertido en seres hacia los que nuestros hijos sienten aversión, convirtiéndonos en el blanco de sus ataques de ira. ¿Y cómo reaccionamos? Cada cual a su manera:

- **Control estricto de todo** (misión a todas luces imposible).
- **Comunicación jerárquica** en el plano normativo («aquí mando yo»).
- **Sentimientos de incompetencia asumida** que transmitimos verbalmente a los hijos («yo ya no puedo más contigo»; «me superas, no tengo fuerzas»; «haz lo que te dé la gana, yo me rindo»).
- **Ignorancia aprendida:** les damos el cetro del poder («ya eres mayorcito... tú sabrás lo que haces»; «¿no quieres contarme nada? tú te lo pierdes»; «prefiero no saber nada, porque si me entero...»).
- **Profecía auto-cumplida:** mensajes que anuncian todo tipo de desgracias, probables o improbables, adoptando el formato de frases envenenadas («tú sigue así, verás cómo deshaces tu vida»; «¡ya te acordarás de mis avisos cuando sea demasiado tarde!»).



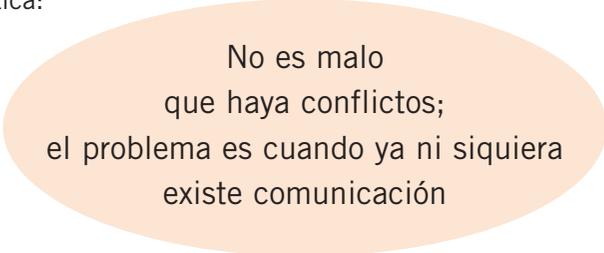
Estos «mecanismos» son frecuentes entre nosotros y hemos recurrido a ellos en alguna ocasión sin darnos cuenta de su **escasa eficacia** o impacto en el hijo adolescente que los escucha (o del perjuicio que les causa).

Es lógico sentirnos desplazados, expulsados, conquistados. Pero podemos reaccionar ante este engranaje perverso con **fortaleza, optimismo y buen ánimo**: tengámoslo claro, salvo raras excepciones, nuestros hijos no son pequeños sádicos déspotas capaces de destrozarse la familia. Nosotros para ellos no somos crueles hechiceros de una «tribu» llamada familia.

La cuestión probablemente es más simple y menos dramática: nuestro hijo es un ser humano aún no totalmente formado, miembro de la comunidad del hogar que **aspira a vivir su vida con el menor índice de problemas posible**, detestando, eso sí, cualquier tipo de interferencia o control.

Sin duda, la única forma de evitar convertir el marco familiar en un pequeño infierno en el que unos sean demonios de los otros es fomentar el diálogo, el **sereno razonamiento en común** y la búsqueda conjunta de acuerdos.

Con todo, podemos contemplar la situación desde la siguiente óptica:



No es malo
que haya conflictos;
el problema es cuando ya ni siquiera
existe comunicación

Es decir, cuando no nos hablamos, cuando no sabemos si nuestro hijo está en casa porque nunca saluda cuando las únicas palabras que cruzamos son «¿qué hay de cena?», «adiós» o «dame dinero».

Por tanto debemos mantener las **ventanas de la comunicación siempre abiertas**, sea cual sea la naturaleza o intensidad del conflicto que se dirima.

3. Otra variante actitudinal arriesgada es la asunción del papel de: **VERDUGOS A LA FUERZA**

En ocasiones, el espacio físico del hogar puede asimilarse a un pugilato, un cenagal en el que se libra una cruenta guerra de guerrillas, en el que sólo se respira tensión y temor. O, por el contrario, un patético entramado de vidas incomunicadas, un **entorno familiar de «puertas cerradas»** en el que el amor y la concordia son sólo palabras huecas, sin contenido real.

Frente a actitudes como las descritas, podemos adoptar otras mucho más serenas, abiertas, comprensivas y participativas. No se trata de «inventar» actividades que nos emocionen a todos o reinventar la convivencia familiar, sino de convertir algunos ritos cotidianos en **foros de diálogo, escucha y convivencia respetuosa**.

SUGERENCIA

La actividad en común es siempre un bálsamo que ayuda a cicatrizar las heridas del corazón.

Los juegos de mesa familiares son una excelente forma de facilitar la comunicación y compartir con los hijos el tiempo de ocio. En el contexto del juego se desarrollan valores como compartir, competir sanamente, aprender a perder (y a ganar) y, sobre todo, a divertirse juntos.

Podemos proponer ocasionalmente a la familia juegos para todos. Deberá elegirse el momento adecuado (no en época de exámenes) y respetar el tiempo de ocio privado de los hijos: las actividades deportivas, los días que salen con sus amigos, etc. Estas actividades, o son voluntarias, o no surtirán los efectos deseados.

